

Mario Reyes

La mujer más optimista del mundo

*Una fábula para saber navegar
en toda adversidad*



EDICIONES OBELISCO

Si este libro le ha interesado y desea que le mantengamos informado de nuestras publicaciones, escríbanos indicándonos qué temas son de su interés (Astrología, Autoayuda, Psicología, Artes Marciales, Naturismo, Espiritualidad, Tradición...) y gustosamente le complaceremos.

Puede consultar nuestro catálogo en www.edicionesobelisco.com

Colección Psicología

LA MUJER MÁS OPTIMISTA DEL MUNDO

Mario Reyes

1.ª edición: marzo de 2021

Maquetación: *Isabel Also*

Corrección: *M.ª Ángeles Olivera*

Diseño de cubierta: *Enrique Iborra*

© 2021, Mario Reyes

(Reservados todos los derechos)

© 2021, Ediciones Obelisco, S. L.

(Reservados los derechos para la presente edición)

Edita: Ediciones Obelisco, S. L.

Collita, 23-25. Pol. Ind. Molí de la Bastida

08191 Rubí - Barcelona - España

Tel. 93 309 85 25

E-mail: info@edicionesobelisco.com

ISBN: 978-84-9111-691-2

Depósito Legal: B-4.144-2021

Impreso en los talleres gráficos de Romanyà/Valls S. A.

Verdaguer, 1 - 08786 Capellades - Barcelona

Printed in Spain

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en manera alguna por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o electrográfico, sin el previo consentimiento por escrito del editor.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ÍNDICE

Capítulo 1: Una enfermedad silenciosa.....	9
Capítulo 2: Hay vida antes de la muerte.....	13
Capítulo 3: Señales.....	17
Capítulo 4: Reunión familiar.....	21
Capítulo 5: El regreso.....	27
Capítulo 6: La determinación.....	31
Capítulo 7: Una carta a Dios.....	33
Capítulo 8: Sabiduría emocional	39
Capítulo 9: Todo sucede por algo	47
Capítulo 10: El medidor de autoestima	55
Capítulo 11: Las experiencias son para compartirlas	59
Capítulo 12: El Círculo Sanador	63
Capítulo 13: La clave está en las creencias.....	71
Capítulo 14: Renacer no es sólo un derecho, a veces es una obligación	77
Capítulo 15: Lo que haga con mi vida es mi responsabilidad.....	83
Capítulo 16: Una nueva filosofía de vida	89
Capítulo 17: Palabras de apoyo.....	97

Capítulo 18: ¿Qué quieren todas las religiones de nosotros?.....	101
Capítulo 19: ¿Cómo aprende el cerebro?	107
Capítulo 20: ¿Cómo se comunica Dios con nosotros?	113
Capítulo 21: Leer las señales.....	119
Capítulo 22: Los pecados capitales	123
Epílogo: Renacer	127

«Podemos quejarnos porque los rosales tienen espinas
o regocijarnos porque las espinas tienen rosas».

ABRAHAM LINCOLN

CAPÍTULO 1

UNA ENFERMEDAD SILENCIOSA

Llegaba tarde a la cita médica, así que atravesé la puerta de la consulta con prisas, casi a la carrera. Busqué la complicidad de la enfermera del mostrador con una sonrisa de disculpa, de mujer trabajadora y estresada que llega tarde a la mayor parte de sus compromisos del día y que lo seguirá haciendo.

—Perdón, perdón... —le dije, juntando las manos en posición de plegaria—. Llego tardísimo, ya lo sé. Es que mi hija se había olvidado la bolsa de deporte y he tenido que acercársela al colegio. Iba a pedírselo a mi marido, pero la verdad es que a mí me cogía de paso y, claro, la reunión que tenía a primera hora de la tarde la he tenido que posponer...

—Tranquila, Candela, no te preocupes —me interrumpió la enfermera, devolviéndome la sonrisa.

Y eso ya me tendría que haber alertado. Esa mujer nunca sonreía. Pero aquel día había sido especialmente duro, y yo tenía la cabeza en mil cosas, y ninguna de ellas era los resultados de las pruebas rutinarias que me había hecho la semana pasada.

La enfermera me pidió que la siguiera, me condujo a la consulta del doctor Muniesa y, tras anunciarse con un repiqueteo de nudillos, abrió la puerta.

Al verme, el médico se levantó de un brinco de su silla y acudió a recibirme con dos besos. Eso sí que me pareció raro. Muy raro. Aquel hombre solía presentar una actitud todavía más mustia que la de su enfermera.

—¡Candela! ¿Cómo estás? Pasa, por favor... ve sentándote. Voy a por tu historia y ahora mismo estoy contigo.

Tomé asiento mientras un feo presentimiento se alojaba en la boca de mi estómago. Todavía no era ni siquiera una idea, sino apenas una sensación. Intentando no dejarme llevar por el pánico, miré a mi alrededor: el recio escritorio de caoba, la estantería repleta de libros de medicina, los títulos y diplomas que colgaban de las paredes, pintadas de un verde desvaído. Supuse que algún psicólogo había decidido que aquél era un color idóneo para calmar al paciente en caso de malas noticias, como si fuera posible minimizar el impacto de un misil destructor.

El médico se sentó frente a mí con una carpeta en las manos.

—Bueno, Candela, tengo los resultados de las últimas pruebas —me dijo sin mirarme—, y me temo que no son buenas noticias.

El corazón me dio un vuelco. Estaba claro que el doctor Muniesa había decidido no irse por las ramas. Pero yo necesitaba esas ramas. Todavía no estaba preparada para escuchar lo que fuera. Y no sabía cuándo iba a estarlo. Me asaltaron unas ganas irrefrenables de levantarme, de salir de la consulta y volver a mi antigua vida. Pero comprendí que esa vida ya no estaba esperándome al otro lado de la puerta.

—Vaya... —murmuré, intentando sonreír—. Bueno, en realidad ya me imaginaba que algo tendría, porque he estado muy

cansada últimamente. Súper cansada. Al principio pensé que era por exceso de trabajo, pero supongo que la mala alimentación me ha pasado factura, claro. Debo de estar anémica o algo así, ¿no? —le propuse con talante colaborador, como si estuviera frente a un fiscal, dispuesta a negociar con uñas y dientes el alcance de mi condena.

El médico era un hombre todavía joven, no debía de andar muy lejos de los treinta, pero el caso es que, ya fuera por su extrema delgadez o por sus lánguidos movimientos, también parecía cansado, incluso enfermo... De hecho, mi aspecto resultaba, a mi parecer, mucho más saludable que el suyo. Aunque, claro, quien estaba sentado al otro lado de la mesa, con una carpeta entre las manos con mi nombre escrito sobre la etiqueta era él.

—Tienes cáncer de páncreas, Candela —me soltó, sin mirarme a los ojos, mientras abría la carpeta y comenzaba a hojear los folios que contenía—. Está en una fase bastante avanzada, y es de un tipo muy agresivo, por lo que el pronóstico no es muy prometedor... pero, en fin, todavía podemos intentar algunas cosas. —Levantó la mirada al pronunciar esta última frase, tratando de insuflarme ánimos.

—Pero... yo me encuentro bien —protesté débilmente. La loca esperanza de que aquello fuera un error me asaltó con tanta violencia, que, de pronto, no pude evitar sentirme enfadada con aquel médico irresponsable—. ¡Solo estoy un poco cansada! ¿Cómo voy a tener cáncer?

—Este tipo de cáncer es lo que los médicos llamamos una enfermedad silenciosa. Al principio no suele cursar con síntomas perceptibles. Quizá algo de cansancio, o un poco de ictericia... Veo, en tu historial, que llevabas meses con picores cutáneos y con distensión abdominal. Y también refieres que tus heces habían cambiado...

—Yo creí que todo eso era por el estrés. O que era intolerante a la lactosa.

—Ya. Casi ningún paciente da importancia a estos signos.

—En realidad, compré todo sin lactosa y mejoré bastante...

El doctor Muniesa se encogió de hombros lánguidamente.

—Una cosa no quita la otra.

—Ya... ya. Y... esto... ¿dice que podemos hacer algo?

—Bueno... —volvió a encogerse de hombros—, siempre podemos *intentar* algunas cosas. Pero tampoco quiero engañarte: va a ser una lucha muy complicada. Y aunque en medicina nunca está dicha la última palabra, partimos con mucha desventaja. Lo cierto es que habría sido de gran ayuda que acudieras antes a hacerte un chequeo.

Desvié la mirada hacia las paredes y la dejé allí perdida, mientras permanecía unos instantes en silencio, dejando que aquel color verde desesperanza se filtrara por mis pupilas y empapara mi alma, antes de contestar con un hilo de voz:

—Es que nunca tenía tiempo.